

¿Muerta para nada?

Viene de la **página anterior** ga demasiado curioso, Anna sospechaba que los asesinos habían cocinado astutamente las dosis para que la muerte se abriera paso en medio de espantosas torturas. El tiempo suficiente para que el dolor que se extiende por el sistema muscular y nervioso transmita a próximos y lejanos una sana advertencia: éste es el precio que se paga por meterse en el terreno de las autoridades. ¡A buen entendedor, pocas palabras bastan! Esta terapia del ejemplo, me decía Anna, es más eficaz que cualquier fastidiosa advertencia.

¿Por qué ella era tan valiente? ¿Por qué afrontaba el supremo peligro? Por un orgullo intrépido: “Me niego a esconderme y esperar en mi cocina días mejores”. Y por una generosidad insaciable. En su último artículo, esbozado en el ordenador y recuperado después de su muerte, escribía: “He tomado la decisión deliberada de no detenerme en los ‘alicientes’ del camino que he escogido: el envenenamiento en el avión hacia Beslán, las detenciones, las amenazas enviadas por correo o a través de Internet, las promesas de muerte. Todo eso no me importa. Lo esencial es tener la oportuni-

dad de hacer lo que considero fundamental. Describir la vida, acoger todos los días en la redacción a visitantes que ya no saben dónde acudir en su desgracia. Las autoridades les hacen pasearse de un sitio a otro, porque lo que les ocurre no encaja con las concepciones ideológicas del Kremlin, hasta el punto de que la historia de sus infortunios no puede aparecer en ninguna parte y sólo se publica en nuestro periódico, *Novaya Gazeta*”.

No obstante, tras la profesión de fe incandescente de una periodista que lleva al límite su deontología y sobrepasa su oficio, yo observo más cosas. En la precisión de su mirada y la exactitud quirúrgica de su estilo se atisba a la hermana pequeña de Chéjov, con quien a menudo se encuentra en el placer de la escritura. En el Cáucaso norte, Anna descubrió algo más grave que los desastres corrientes de un conflicto colonial: “Aquí se ha construido un mundo de una irracionalidad militar total, e incluso si la guerra terminara mañana —quién sabe—, seguiría existiendo. Digan lo que digan los médicos, los neurólogos y los psiquiatras sobre nuestras infinitas posibilidades, cada hombre tiene una resistencia moral limitada, más allá de la cual se abre un abismo personal, que no es necesariamente la muerte. Puede haber situaciones peores, como que uno pierda por

completo su humanidad en respuesta a todas las abominaciones de la vida. Nadie puede saber de qué sería capaz en una guerra”.

Anna me decía: no se trata sólo de la infinita desgracia de los chechenos, sino de nosotros, los rusos, y de vosotros, los occidentales prósperos pero ciegos. La barbarie despiadada es un cáncer cuyas metástasis —corrupción, arbitrariedad, brutalidad— alcanzan a Moscú, San Petersburgo y los ambientes cerrados de la miserable provincia rusa. Mi país no es una dictadura africana o latinoamericana cualquiera, es un miembro permanente del Consejo de Seguridad, la segunda potencia termonuclear, un traficante de armas gigantesco, un increíble productor de gas y petróleo. Los dueños del Kremlin tienen una capacidad asombrosa de hacer daño, y la ejercen sin inmutarse por escrúpulos ni pudores. El calvario de los chechenos no es más que el primer paso y el ejemplo periférico de sus facultades. He visto cómo desaparecían nuestras escasas libertades, cómo la autocracia ahogaba una opinión pública incipiente y cómo se entregaba el país a una anarquía mafiosa y burocrática en la que los conflictos de intereses se solucionan a tiros o, en el mejor de los casos, mediante encarcelamientos arbitrarios. Véase el caso de Jodorkovski.

En mi opinión, la fuerza de

Anna, el secreto de ese valor inflexible, residía en que no disimulaba nunca, ni ante sí misma ni ante los demás, su extrema fragilidad. Se adivinaba vulnerable, pero sabía que el mundo no era menos mortal que ella, y sí, desde luego, más cobarde. Anna-Cassandra había descubierto en la guerra de Chechenia la sima en la que cae la sociedad rusa. Cuando la censura se instala en el espíritu de cada individuo, el ciudadano regresa a la larga tradición de sumisión, mientras que los amos del Estado vuelven a sentir que tienen un gran margen de maniobra, incontrolados en el interior y escasamente vigilados desde el exterior por una comunidad internacional complaciente. Anna no presentaba sólo la proximidad de su propia muerte, analizaba un peligro sin fronteras que pone nuestra supervivencia a merced de la buena voluntad y los malos deseos de políticos, gusanos y cretinos, que en Moscú encarnan todo el poder y toda la molestia.

¿Acaso Anna Politkovskaya murió para nada? Anna hizo sonar la alarma para que el mundo democrático se enterara y reaccionara. Los responsables que controlan el bien y el mal tiempo en Europa occidental han decidido apoyar el egoísmo de Vladimir Vladimirovich. Este antiguo oficial de la Gestapo soviética (KGB) saca pecho vestido de “demócrata de pura raza” para

Schroeder (el ex canciller de Alemania, nuevo empleado de Gazprom), que le asegura su amistad irrenunciable. El presidente de Francia, por su parte, no parece estar arrepentido de haber colocado la máxima condecoración de la República en el pecho de Putin. Ninguno de los dos, ninguno de otros como ellos, ha metido nunca la nariz en los escritos de Anna Politkovskaya, asustados de que haya muerto por descubrir las verdades pestilentes.

¿Muerta para nada? Muerta por nosotros. Nosotros, los occidentales, que no hemos sabido leerla ni protegerla. Esa nada por la que Anna dio su vida somos nosotros. Receptiva al dolor de los oprimidos, inaccesible a la corrupción, glacial ante nuestros compromisos, Anna fue y sigue siendo el faro. Por encima de los honores, el dinero y la carrera, un deseo de verdad a toda costa.

En la primavera pasada, cuando la vi por última vez, Anna me dijo: “Si me matan, no investigues, el responsable está en el Kremlin”. El 23 de noviembre de 2006, Alexander Litvinenko deslizó con un último aliento: “Los cabrones me han pillado, pero no podrán pillarnos a todos”. Depende de nosotros.

André Glucksmann es filósofo francés.

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es
Andalucia@elpais.es
Bilbao@elpais.es
Catalunya@elpais.es
Galicia@elpais.es
Valencia@elpais.es
 Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Lecciones de democracia

“La ley estadounidense prohíbe la tortura y los tratos crueles, inhumanos o degradantes y el castigo por parte de personal estadounidense a cualquier persona, en cualquier lugar”, dice John Law, portavoz de la Embajada de EE UU; cierto, se los llevan a otro país amigo y personal no estadounidense tortura lo que sea necesario, con la supervisión de la CIA por supuesto.

“Todos los presos de Guantánamo han recibido o recibirán una revisión de su condición de combatiente enemigo”, continúa John Law. Impresionante, “o recibirán”, tiempo indefinido, pueden mantener a alguien encarcelado sin pruebas, al sol, en celdas inhumanas, ¿eso no es torturar a alguien?, ¿le estaríamos torturando a usted mismo si le metiésemos en una cárcel española sin derecho a nada por tiempo indefinido?, ¿eso no es tortura psicológica?

Lecciones las justas, no todo vale, y eso parece que a ustedes

La corrupción de ‘las transparencias’

Descendiendo por la escalera de la corrupción en la Administración local, después de las del ladrillo y la taladradora, el tercer peldaño lo ocupa la que podíamos denominar corrupción de *las transparencias*, de menor importe pero no menos extendida. El invento consiste en lo siguiente: una empresa afín al partido político que gobierna se ofrece para mejorar el servicio municipal X. Semanas después, la concejalía correspondiente informa sobre la conveniencia de su contratación, y ésta se produce. El quehacer de la empresa contratada consistirá en convocar una serie de reuniones con los funcionarios que *a priori* desarrollarán después el trabajo y proyectarles en ellas varios juegos de transparencias sobre una pantalla blanca por la que desfilarán propósitos irrealizables y entelequias operativas dispuestas en organigramas, flujos de flechas, cuadros, recuadros y diagramas de diverso tipo y condición; todo ello explicado de la manera más vaga e inconcreta posible. Una vez finalizadas las sesiones, la adjudicataria elabora un *dossier* de 200 páginas encuadernado con pastas de alto *standing* al que acompaña un CD muy cuidado. Naturalmente, ambas partes saben desde el primer momento que el susodicho *dossier* es inaplicable en el Ayuntamiento en cuestión, de manera que unos meses más tarde se hunden en un cajón los dos ejemplares de que consta el documento, cobra la empresa amiga y acaece el presunto reparo.— **Enrique Chicote Serna**. Arganda del Rey, Madrid.

se les ha olvidado.— **José Ignacio Izquierdo Pérez**. Torrejón de Ardoz, Madrid.

A vueltas con el lenguaje sexista

Agradezco al académico de la Lengua, don Ignacio Bosque, su artículo sobre *La RAE, las palabras y las personas*, publicado en este periódico el pasado 5 de diciembre, en respuesta al mío de 28 de noviembre; no pretendo polemizar con él, aunque creo que es un buen tema para la polémica, porque, como dice: “Las lenguas no son, en suma, el resultado de un conjunto de actos *conscientes* de los individuos”, y esto es parte del problema: la no conciencia de lo que el dominio masculino ha significado para la vida de las mujeres, a todos los niveles, también en el lenguaje.

Fue precisamente en Francia

donde hicieron una “Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano”, que costó la guillotina a una mujer, Olimpia de Gouges, por decir que las mujeres también tenían derechos. Es una historia muy larga, pero me alegro, sinceramente, que en la próxima Gramática que prepara la RAE se proponga el desdoblamiento del masculino y femenino, aunque sea limitado a las situaciones en las que su ausencia podría ser malinterpretada... por algo se empieza.

No quiero conducir el lenguaje al absurdo, sé que hay dificultades, pero podemos llegar, y llegaremos, a pactos incluyentes. Cuando era diputada formaba parte del Congreso de los Diputados, ahora soy abogada y, por tanto, miembro del Colegio de Abogados, ¿Por qué, por ejemplo, los Colegios profesionales no se pueden denominar por la actividad que se realiza y

no por el género de quienes lo realizan?

“La RAE no incorpora las palabras a su diccionario hasta que no adquieren vida propia en la comunidad”; de eso se trata, de nuestra vida, que queremos que se incorpore plenamente también al lenguaje con el que nos comunicamos.— **Amparo Rubiales**. Sevilla.

Maravillosa California

El pasado día 4 de diciembre aparecieron en su periódico las declaraciones del presidente del CSIC, Carlos Martínez, en las que mostraba su intención de “crear un escenario atractivo para científicos” y así “convertir España en la California de Europa”.

En estos casos, la mejor manera es siempre predicar con el ejemplo. Los científicos seleccionados en el programa Juan de la Cierva, jóvenes doctores con experiencia reconocida en una evaluación realizada por el MEC, y que elegimos como centro de incorporación el CSIC, tenemos que sufrir las maravillas burocráticas de la “California de Europa” y ver retrasada nuestra incorporación hasta principios de 2007, ya que el personal administrativo de esta institución no tiene capacidad para realizar los contratos antes de esa fecha.

Señor Martínez, ¿sería tan amable de explicarme qué hemos de hacer aquellos que vinimos de la California de verdad, con la ilusión de ayudar a que la ciencia en este país avance de verdad, y que de repente nos vemos en esta situación?

Quizá la solución sea regresar a las playas de California hasta que se pueda firmar mi contrato que me permita desarrollar mi labor como científico. Quién sabe, quizás en ese tiempo me surge otro contrato y consigo firmarlo antes de que

empiece éste.— **Daniel Galaviz Redondo**. Coslada, Madrid.

Policía... ¿miedo de quién?

Soy un joven con suerte. El día de la manifestación de policías en Madrid no era vital que llegase a ningún sitio. A mi abuelo no le estaba dando una insuficiencia cardiaca como le ha pasado hace unas semanas. Pero el martes 28 de noviembre, cuando un policía de paisano me daba una patada en la cadera y me tiraba de la moto mientras intentaba cruzar una manifestación ilegal, una de las cosas que pensé es que daba igual que yo fuese o bien alguien en una situación de urgencia auténtica o bien Ruiz-Gallardón dándose uno de sus paseos en moto, aquel animal me iba a atacar igual.

El hombre no es bondadoso por naturaleza. Es bondadoso y cruel. No es desinteresado. Es desinteresado y egoísta. Porque aunque hayamos desarrollado un programa mental en el que entran conceptos como la ética, la moral o el respeto, el ser humano sigue siendo un animal. Y estos conceptos no están presentes siempre. Sé de más de uno que los tiró al retrete con la llegada de la pubertad.

Así llegamos a que gente con pistolas controle que las cosas se mantengan en una mediocre armonía mediante el miedo. Es el miedo del ser humano lo que consiga que este planeta no vuele en pedazos. ¿Y si aquellos que se encargan de administrar ese miedo se rebelan? ¿Si deciden usar ese poder para su propio beneficio en vez del de la sociedad? ¿A quién deben tener ellos miedo? Ahí es donde debería entrar el poder judicial. Así que, cada uno que saque sus conclusiones, yo he denunciado y que sea lo que tenga que ser. Por otra parte, gracias a los que me han ayudado; en especial Javier y Elisa.— **Antonio Guisjarro Flores**. Madrid.